

Sección Especial

Estudios Generales: tejiendo recuerdos que nos acercan a una historia de 75 años

Mi ingreso a la Universidad de Costa Rica

William Elizondo
Profesor de Historia de la Cultura
UCR
15 de abril de 2015

Cuando asistí a mi primer día de clases, la expectativa de ingresar a la Universidad de Costa Rica dejó de ser un sueño, para convertirse en una experiencia real, determinante para mi vida. Sin embargo cierta inquietud me agobiaba cuando en el primer piso del edificio de aulas, me perdía entre la algarabía de tantos jóvenes y profesores, que ahí abarrotábamos los pasillos cada día a las 7 de la mañana. Como una sensación de estar más perdido que pollo en un baile de zorros. Venía de un colegio nocturno, debía cumplir con un horario de trabajo y satisfacer obligaciones económicas. Pero tenía compañeros de colegios de mucho renombre y algunos con apellidos que asociaba con la alta élite política.

Al asistir a las primeras lecciones, sentía cierto orgullo y satisfacción, pero a la vez algo de incredulidad, pues además ingresé a la carrera de mi preferencia, coincidente con una materia en que me había destacado. Me imaginaba en los laboratorios de biología, con microscopios haciendo cruces genéticos, observando divisiones celulares y cadenas ribonucleicas de colores, como las había visto en algún libro y recordando al Profesor Ureña, quien de alguna manera me había motivado por esa ciencia, y a Ulises, a quien no le perdía atención en las clases de matemáticas, ejemplificando sus

lecciones de manera tan clara, como mi abuela recitaba sus dichos y refranes en el momento oportuno.

Había hecho el examen de admisión un sábado en la mañana, pensando en la posibilidad de ingresar a la Universidad, aunque sin mucha expectativa. Mi sorpresa fue haberlo ganado y durante varios días medité sobre continuar o no con los estudios universitarios. La orientadora Carmen me había animado a realizar tal examen y dio por hecho mis estudios, pues me decía “quien quita un quite...”.

Esperaba encontrarme con algunos de los “chipasculos” del colegio, con quienes repartíamos las materias y los temas para los “centros de estudio” dominicales, pero ... no había nadie. Para los estudiantes de colegios nocturnos era más difícil continuar con la universidad. En mi caso tenía la facilidad de un trabajo fijo, en el cual se me permitía asistir a lecciones de acuerdo con el horario, aunque según contrato que firmé no podría continuar con la carrera de biología, por no ser de “interés institucional”.

Pero a medio camino debí hacer una “interrupción de estudios”. También renunciar a mi trabajo. Decidí acudir a otra aventura. Solo aprobé el curso de matemáticas, el único de los que había matriculado ese año que era semestral, debiendo abandonar el curso de humanidades y el repertorio de sociología.

Año y medio después reinicié, pero esta vez con prisa. Era fines de febrero y ahora si tenía gran interés en la universidad. Según las reglas de entonces, el curso aprobado me permitía reingresar sin hacer de nuevo el examen de admisión. Por haberme retrasado debí quedarme para el viernes, el último día de matrícula. Llegué a una de las aulas del segundo piso del edificio de Estudios Generales. Me recibió un profesor con cierto acento y amabilidad bonachona. “¿Quieres matricular seminario?” ... “No, es para matricular generales, ¿para ver si quedan grupos? ...”, “Aquí tienes la tarjeta, ya estas matriculado”... “¿Pero es generales?” ... “Si, es lo mismo, pero te ofrecemos un seminario en que reconocemos una materia adicional ...”... Don Raúl Torres me habló del seminario sobre los efectos humanos de los avances científicos y tecnológicos, dándome tranquilidad y confianza.

Tiempo después, en clases y fuera de ella, don Raúl nos hablaría sobre la innovación que serían los Seminarios Participativos en la Universidad de Costa Rica.

Posteriormente, de su interés en la introducción de los cursos libres, dirigidos a la comunidad y aprovechando los recursos durante los períodos de vacaciones.

Con el proyecto que el grupo de estudiantes desarrollamos en el seminario, fuimos conociendo más sobre la situación de los derechos humanos y la discriminación racial en África del Sur, también sobre la represión que sufrían algunos sectores sociales y políticos, como consecuencia de los golpes de estado que implantaron las dictaduras militares en América del Sur. Ya había tenido la oportunidad de conocer las experiencias de jóvenes chilenos, argentinos, uruguayos y de otros países, que habían sido reprimidos brutalmente por los militares. La experiencia con los profesores que tuve, en particular don Raúl y doña Sara Chinchilla, ayudó a mi decisión de cambiar de carrera, para pasarme a las ciencias sociales. Al decidirme por historia, volví al edificio de aulas, que así se llamaba entonces, como de nuevo se le ha llamado en este año del 75 aniversario de la U.

Paradójicamente historia si era una carrera considerada “de interés institucional” en donde había laborado. Asimismo, el repertorio que era parte del Seminario Participativo que matriculé, era el de biología. Pocos años después, tres de quienes habían sido compañeros muy cercanos en actividades estudiantiles de secundaria, también continuaron estudios en la carrera que finalmente seguí.